



Madeleine Thien
No digáis que no tenemos nada



MADELEINE THIEN

No digáis que no
tenemos nada

Traducción de
Vicente Campos

Galaxia Gutenberg



Canada Council Conseil des arts
for the Arts du Canada

La traducción de este libro ha recibido una ayuda del Canada Council for the Arts.

También disponible en ebook

Título de la edición original: *Do not Say We Have Nothing*

Traducción del inglés: Vicente Campos González

Publicado por:

Galaxia Gutenberg, S.L.

Av. Diagonal, 361, 2.º I.ª

08037-Barcelona

info@galaxiagutenberg.com

www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: marzo 2017

© Madeleine Thien, 2016

© de la traducción: Vicente Campos, 2017

© Galaxia Gutenberg, S.L., 2017

Preimpresión: María García

Impresión y encuadernación: Sagrafic

Depósito legal: B. 2152-2017

ISBN Galaxia Gutenberg: 978-84-8109-707-8

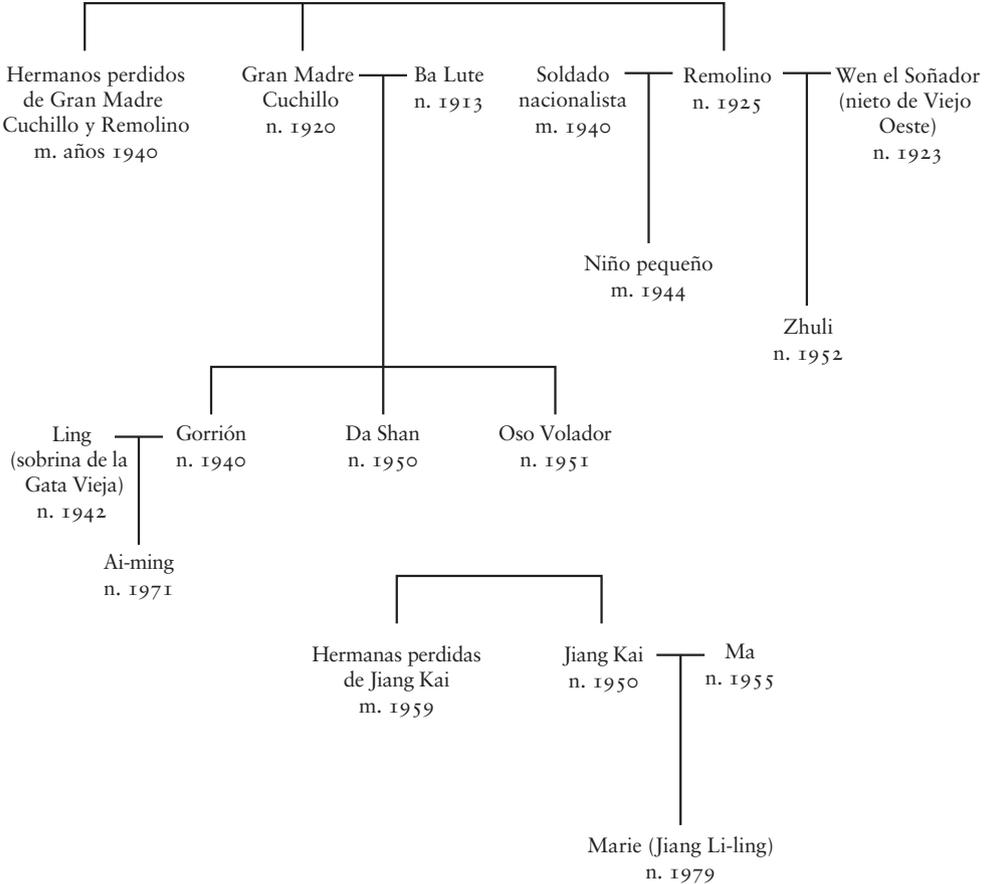
Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, a parte las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

*Para mi madre y mi padre,
y para Katherine y Rawi*

Árbol genealógico

家 谱

jiā (familia, hogar) pǔ (recuerdo, registro, partitura)



PARTE UNO

Hay mil maneras de vivir; pero ¿cuántas conocemos nosotros dos?

ZHANG WEI, *The Ancient Ship*

De todas las escenas que cubrían las paredes de la cueva, las más ricas y elaboradas eran las del paraíso.

COLIN THUBRON,
La sombra de la Ruta de la Seda

I

En sólo un año, mi padre nos dejó dos veces. La primera, para poner fin a su matrimonio, y la segunda, cuando se quitó la vida. Aquel año, 1989, mi madre voló a Hong Kong y enterró a mi padre en un cementerio cerca de la frontera china. Después, desconsolada, volvió a casa, a Vancouver, donde yo me había quedado sola. Yo tenía diez años.

Esto es lo que recuerdo:

Mi padre es guapo, su cara no refleja su edad; es un hombre amable, pero taciturno. Lleva gafas sin montura y las lentes dan la impresión de flotar por delante de él, como las más delicadas cortinas. Sus ojos, castaño oscuro, son cautelosos y vacilantes; sólo tiene 39 años. Mi padre se llamaba Jiang Kai y había nacido en una aldea en las afueras de Changsha. Más adelante, cuando me enteré de que había sido un famoso concertista de piano en China, recordé la forma en que tamborileaba con los dedos en la mesa de la cocina, cómo éstos repicaban sobre las encimeras y a lo largo de los brazos blandos de mi madre hasta llegar a las puntas de sus dedos, lo que a ella la desquiciaba y a mí me daba ataques de risa. Él me puso mi nombre chino, Jiang Li-ling, y también el inglés, Marie Jiang. Cuando murió, yo sólo era una niña, y los escasos recuerdos que tenía, por fragmentarios y por imprecisos que fuesen, eran lo único que conservaba de él. Nunca he querido perderlos.

Cuando entré en la veintena, los difíciles años que siguieron al fallecimiento de mis dos progenitores, me dediqué en cuerpo y alma a la observación de los números, a las hipótesis, la lógica y las demostraciones, las herramientas de las que disponemos los matemáticos no sólo para interpretar sino simplemente para describir el mundo. Durante la última década he sido profesora en la Simon Fraser University de Canadá. Los números me han permitido desplazarme entre lo inconcebiblemente grande y lo abrumadoramen-

te pequeño, y vivir una existencia alejada de mis padres, de sus desvelos y sus sueños incumplidos, una existencia que, solía pensar, era la mía.

Hace unos años, en 2010, mientras paseaba por el Chinatown de Vancouver, pasé por delante de una tienda que vendía DVD. Recuerdo que llovía a cántaros y que las aceras estaban desiertas. De dos enormes altavoces ante la tienda salía música clásica, de concierto. Conocía la música, era la *Sonata para piano y violín N.º 4* de Bach, y de repente me sentí atraída por ella con tanta fuerza como si alguien me estirara de la mano. El contrapunto, que integraba a la vez al compositor, los músicos y hasta al silencio, y la música, con sus oleadas en espiral de dolor y arrebató, ocuparon mis pensamientos, eran todo lo que recordaba.

Aturdida, me apoyé en la luna de la tienda.

Y de repente estaba en el coche, con mi padre. Oía la lluvia salpicando en los neumáticos y a mi padre tarareando. Estaba tan vivo, lo sentía tan amado, que lo insondable de su suicidio volvió a acongojarme. A esas alturas, mi padre llevaba muerto dos décadas, y nunca había tenido un recuerdo tan puro de él. Yo tenía treinta y un años.

Entré en la tienda. El pianista, Glenn Gould, aparecía en una pantalla plana: Yehudi Menuhin y él interpretaban la sonata de Bach que había reconocido. Allí estaba Glenn Gould, encorvado sobre el piano, con un traje oscuro, oyendo patrones mucho más allá del alcance de lo que a la mayoría de nosotros se nos concede percibir, y él me resultaba tan... tan familiar, como un idioma completo, un mundo que había olvidado.

En 1989, la vida se había convertido en una serie de rutinas inevitables para mi madre y para mí: trabajo y escuela, televisión, comida, sueño. La primera partida de mi padre sucedió al mismo tiempo que en China ocurrían acontecimientos trascendentales, sucesos que mi madre seguía obsesivamente por la CNN. Le pregunté quiénes eran aquellos manifestantes y me dijo que estudiantes y gente corriente. Le pregunté si mi padre estaba allí y dijo: «No, eso es la Plaza de Tiananmen, en Pekín». Las manifestaciones, que sacaron a más de un millón de ciudadanos chinos a las calles, habían empezado en abril, cuando mi padre todavía vivía con nosotras, y se

prolongaron después de que él desapareciera en Hong Kong. Entonces, el 4 de junio, y durante los días y semanas que siguieron a la masacre, mi madre lloró. Yo la observaba noche tras noche. Ba había huido de China en 1978 y tenía prohibido volver a entrar en el país. Pero mi desconcierto tenía más que ver con lo que se desarrollaba ante mis ojos: aquellas caóticas y aterradoras imágenes de gente y tanques, y a mi madre delante de la pantalla.

Aquel verano, como en un sueño, continué con mis clases de caligrafía en el centro cultural que había cerca de casa, utilizando pincel y tinta para copiar línea tras línea de poesía china. Pero eran muy pocas las palabras que sabía reconocer: grande, pequeño, chica, luna, cielo (大, 小, 女, 月, 天). Mi padre hablaba mandarín y mi madre cantonés, pero yo sólo me expresaba con fluidez en inglés. Al principio, el rompecabezas de la lengua china me había parecido un juego, un divertimento, pero mi incapacidad para comprenderla empezó a inquietarme. Una y otra vez, escribía caracteres que no sabía leer, cada vez más grandes, hasta que el exceso de tinta empapaba el delgado papel y lo desgarraba. No me importaba. Dejé de asistir a las clases.

En octubre, dos agentes de policía llamaron a la puerta. Informaron a mi madre de que Ba había fallecido, y que la oficina del forense de Hong Kong se encargaría del caso. Dijeron que la muerte de Ba fue un suicidio. Entonces, una triste quietud (*qù*) se encarnó en una persona más que vivía en nuestra casa. Dormía en el armario, con las camisas, los pantalones y los zapatos de mi padre, velaba sus partituras de Beethoven, Prokófiev y Shostakóvich, sus sombreros, su sillón y su taza preferida. La quietud (闕) se instaló en nuestras mentes e irrumpió como un océano dentro de mi madre y de mí. Aquel invierno, Vancouver fue más gris y húmedo de lo habitual, como si la lluvia fuera un suéter grueso que no te podías quitar. Me dormía convencida de que, por la mañana, Ba me despertaría como siempre había hecho, que su voz me iría sacando a tirones del sueño, hasta que esa ilusión acentuó la sensación de pérdida, y hacía más daño que el dolor que había sufrido antes.

Las semanas fueron transcurriendo lentamente y 1989 se desvaneció en 1990. Ma y yo cenábamos en el sofá cada noche porque no había sitio en la mesa del comedor. Los documentos oficiales de mi padre –certificados de diversas clases, declaraciones de renta– ya se habían ordenado, pero otros restos se resistían. A medida que

Ma fue revisando el apartamento más a fondo, salieron a la luz otros papeles, partituras, un puñado de cartas que mi padre había escrito pero no había llegado a enviar («Gorrión, no sé si recibirás esta carta, pero...») y aún más cuadernos. Mientras yo veía amontonarse todo eso, imaginaba que mi madre creía que Ba se reencarnaría en un trozo de papel. O tal vez creyera, como los antiguos, que las palabras escritas sobre papel eran talismanes y de algún modo podían protegernos del mal.

Casi todas las noches, mamá se sentaba entre ellos, sin siquiera haberse cambiado la ropa con la que iba a la oficina.

Yo procuraba no molestarla. Me quedaba en el salón contigo y oía, de vez en cuando, el pasar casi inaudible de las páginas.

La *qù* de su respiración.

La lluvia que rompía contra los cristales de las ventanas y los surcaba.

Vivíamos suspendidas en el tiempo.

Una y otra vez, el autobús eléctrico de la línea 29 traqueteaba por la calle.

Yo me imaginaba conversaciones. Intentaba imaginarme a Ba renacido en el otro mundo, comprando un diario distinto, utilizando una moneda diferente y guardando la calderilla del cambio en el bolsillo de un abrigo nuevo, un abrigo de entretiempo confeccionado con plumas, o puede que fuera una capa de lana de camello, un abrigo lo bastante recio tanto para el cielo como para el inframundo.

Mientras tanto, mi madre se distraía intentando encontrar a la familia de mi padre, dondequiera que estuviera, para decirles que su hijo o hermano o tío, de quien no sabían desde hacía mucho tiempo, ya no sobrevivía en este mundo. Empezó buscando al padre adoptivo de Ba, un hombre que en el pasado había vivido en Shanghái y al que se conocía como «el Profesor». Él era el único familiar que Ba había mencionado alguna vez. La búsqueda de información era lenta y trabajosa; por entonces no existía internet ni había correo electrónico, así que a mamá le resultaba sencillo enviar una carta pero muy difícil recibir una respuesta fiable. Mi padre hacía mucho que se había ido de China y si el Profesor vivía todavía, sería un hombre sumamente anciano.

El Pekín que veíamos en televisión, con depósitos de cadáveres y familias de duelo, con tanques estacionados en los cruces y calles

erizadas de fusiles, poco tenía que ver con el Pekín que había conocido mi padre. Y pese a todo, a veces pienso que, bien mirado, no era tan distinto.

Fue unos meses después, en marzo de 1990, cuando mi madre me enseñó el Libro de los Recuerdos. Esa noche, Ma estaba sentada en su lugar habitual en la mesa del comedor, leyendo. El cuaderno que tenía en la mano era largo y estrecho, de las dimensiones de la puerta de una miniatura. Tenía una encuadernación laxa, con un cordel de algodón de color de madera de nogal.

Cuando hacía mucho que había pasado la hora de acostarme, de repente, Ma se acordó de mi presencia.

—¿Qué te pasa? —dijo. Y entonces, confundida por su propia pregunta, añadió—: ¿Has acabado los deberes?, ¿qué hora es?

Yo había acabado los deberes hacía siglos y había estado viendo una película de terror después de quitarle el sonido a la tele. Todavía la recuerdo: un hombre había sido asesinado con un picahielos.

—Es medianoche —respondí, alterada, porque el hombre era tan blando como la masa de pan.

Mi madre tendió una mano y yo me acerqué. Me rodeó la cintura con un brazo y apretó.

—¿Quieres ver lo que estoy leyendo?

Me incliné sobre el cuaderno y miré la acumulación de palabras. Los caracteres chinos descendían por la página como huellas de un animal en la nieve.

—Es una historia —dijo Ma.

—Oh. ¿Qué clase de historia?

—Creo que es una novela. Hay un aventurero llamado Da-wei que zarpa rumbo a América y una heroína que se llama Cuatro de Mayo que camina por el desierto de Gobi...

Miré con más atención, pero las palabras me seguían resultando indescifrables.

—Hubo una época cuando la gente copiaba libros enteros a mano —dijo Ma—. Los rusos llamaban *samizdat* a esas copias y los chinos..., bueno, me parece que no tenemos un nombre. Fíjate lo sucio que está este cuaderno, hasta hay briznas de hierba. Sabe Dios cuánta gente lo habrá llevado por ahí... tiene decenas de años más que tú, Li-ling.

Yo me dije: ¿y qué no las tenía? Pregunté si ese cuaderno lo había copiado Ba.

Mi madre negó con la cabeza. Dijo que la escritura era hermosa, obra de un calígrafo refinado, mientras que la letra de mi padre no era nada especial.

—Este cuaderno es un capítulo de un texto más largo. Aquí dice: Número 17. No dice quién es el autor, pero, mira, aquí hay un título, el Libro de los Recuerdos.

Ella dejó el cuaderno. Sobre la mesa del comedor, los papeles de mi padre parecían olas espumosas, alzándose hacia delante, a punto de alcanzar su cresta, desbordar la superficie de la mesa y romper sobre la alfombra. Toda nuestra correspondencia también estaba ahí. Desde Año Nuevo, Ma había empezado a recibir cartas de Pekín, condolencias de músicos de la Filarmónica Central que se habían enterado tarde de la muerte de mi padre. Ma leía esas cartas con un diccionario a mano porque estaban escritas en chino simplificado, que ella no había aprendido. Educada en Hong Kong, mi madre había estudiado la escritura china tradicional. Pero en el continente, en la década de 1950, una escritura nueva y más simple se había impuesto por ley en la China comunista. Habían cambiado miles de palabras; por ejemplo «escribir» (*xiě*) pasó de 寫 a 写, y «saber» (*shí*) pasó de 識 a 识. Incluso «Partido Comunista» (*gòng chǎn dǎng*) pasó de 共產黨 a 共产党. A veces Ma era capaz de discernir el antiguo sentido de la palabra, otras veces conjeturaba los significados. Dijo que era como leer una carta llegada del futuro, o hablar con alguien que le daba la espalda. Y todo eso se complicaba todavía más porque ya raramente leía chino, y expresaba la mayoría de sus pensamientos en inglés. No le gustaba que yo hablara en cantonés porque, como ella decía, «Tu acento está totalmente deformado».

—Aquí hace frío —dije en un susurro—. Pongámonos los pijamas y acostémonos.

Ma se quedó mirando fijamente el cuaderno, sin escucharme apenas.

—Mamá, por la mañana estaremos cansadas —insistí—. Le darás veinte veces a la alarma del despertador para levantarte más tarde.

Ella sonrió pero, bajo las gafas, su mirada se volvió más intensa.

—Anda, vete a la cama —dijo—. Y no me esperes despierta.

La besé en la suave mejilla. Ella preguntó:

—¿Qué le dijo la budista al pizzero?

–¿Qué?

–Hazme una con (el) todo –acabó el chiste saltándose el artículo definido.

Me reí, me atraganté y volví a reírme, luego me estremecí al recordar a la víctima de la televisión, su piel blandengue. Sonriendo, me hizo marchar con un empujoncito amable pero firme.

Al acostarme, reflexioné sobre varios hechos.

Primero, que, en mi clase de quinto, era una persona completamente diferente. Me mostraba tan afable, tan equilibrada y conseguía tan buenos resultados que me pregunté si mi cerebro y mi alma se estarían separando.

Segundo, que en países más pobres, personas como Ma y yo no estaríamos tan solas. En televisión, los países pobres eran lugares atestados de gente, ascensores sobrecargados intentando alzarse al cielo. Seis personas por cama, una docena por habitación. Allí siempre podías expresar tus pensamientos en voz alta, con la confianza de que alguien te oiría aunque no quisiera. De hecho, la forma de castigar a alguien podría consistir en arrancarlo de su círculo de parientes y amigos, aislarlo en un país frío y quebrantarlo con la soledad.

Tercero, y esto no era un hecho sino una pregunta: ¿por qué nuestro amor le había importado tan poco a Ba?

Debí de quedarme dormida porque me desperté bruscamente y vi a Ma inclinada sobre mí. Con las puntas de los dedos me enjugaba la cara. Yo nunca lloraba de día, sólo de noche.

–No te pongas así, Li-ling –dijo. Balbuceaba muchas cosas–. Si estás atrapada en una habitación y nadie acude a rescatarte, ¿qué vas a hacer? Tienes que dar golpes a las paredes y romper las ventanas. Tienes que trepar para salir y salvarte. Es obvio, Li-ling, que llorar no ayuda a vivir a nadie.

–Me llamo Marie –grité–, ¡Marie!

Ella sonrió.

–¿Quién eres?

–Soy Li-ling.

–Tú eres Chica –utilizó el nombre cariñoso con el que me llamaba mi padre porque la palabra 女 significaba a la vez chica e hija. A él le gustaba bromear con que, en la tierra de donde procedía, los pobres no se molestaban en dar nombre a sus hijas. Ma entonces le

daba un puñetazo en el hombro y le decía en cantonés: «No le lles la cabeza como si fuera un cubo de basura».

Protegida en los brazos de mi madre, me acurruqué para sumirme en el sueño una vez más.

Más tarde, me desperté con el sonido de los pensamientos deshinchados que mascullaba Ma, que se acabó riendo. Esas mañanas de invierno eran mortecinas, pero la inesperada risa de Ma atravesó la habitación como un zumbido del radiador eléctrico. Su piel despedía una fragancia a almohadas limpias y a la crema de osmanto dulce que usaba.

Cuando susurré su nombre, ella balbuceó:

–Eh –y luego añadió–: Eh, eh.

Le pregunté:

–¿Vas andando por tierra o por el mar?

Con toda claridad, dijo:

–*Él está aquí.*

–¿Quién? –Intenté ver en la oscuridad de la habitación. Yo verdaderamente creía que él estaba allí.

–El hombre que adoptó. Aquel, eeh. Aquel... *Profesor.*

Me agarré con fuerza a sus dedos. Al otro lado de las cortinas, el cielo cambiaba de color. Yo quería seguirla al pasado de mi padre, pero no me fiaba. La gente puede perderse en ilusiones, puede descubrir algo tan fascinante que se niegue a desandar los pasos dados. Yo tenía miedo de que ella, como mi padre, olvidara las razones para volver a casa.

La vida en el exterior –el inicio de un nuevo curso escolar, la regularidad de los exámenes, las alegrías del campamento de matemáticas– continuaba como si nunca fuera a acabar, impulsada por el mundo circular de las estaciones. Las chaquetas de invierno y de verano de mi padre todavía esperaban al lado de la puerta, debajo de sus sombreros y encima de sus zapatos.

A principios de diciembre, un grueso sobre llegó de Shanghái y Ma se sentó de nuevo con su diccionario. El diccionario es un volumen de tapa dura, de pequeño formato y muy grueso, con una portada verde y blanca. Las páginas, cuando las paso, son casi transparentes y parecen ingravidas. Aquí y allá descubro una mancha de grasa o un aro de café, de la taza de mi madre o puede que de la

mía. Cada palabra está entrada bajo su raíz, también llamada radical. Por ejemplo, 門 significa puerta, pero también es un radical, es decir, la pieza básica para otras palabras y conceptos. Si la luz, o el sol 日, brillan a través de la puerta, tenemos espacio 間. Si hay un caballo 馬 dentro de la puerta, se trata de una emboscada 闖, y si hay una boca 口 dentro de la puerta, tenemos una pregunta 問. Si hay un ojo 目 y un perro 犬 dentro, tenemos sigilo, quietud 闕.

La carta de Shanghái se extendía a lo largo de treinta páginas y estaba escrita con una letra enmarañada; al cabo de un rato, me aburrí de mirar a mi madre esforzándose por leer. Fui a la sala de lantera y me puse a mirar a los vecinos. Al otro lado del patio, veía un triste árbol de Navidad. Parecía como si alguien hubiera querido estrangularlo con adornos y oropeles.

Llovía a rachas y el viento soplabla sibilante. Le llevé un vaso de ponche de huevo a mi madre.

—¿Es una buena carta?

Ma dejó las hojas en la mesa. Tenía los párpados hinchados.

—No es lo que esperaba.

Pasé el dedo por el sobre y empecé a descifrar el nombre de la dirección del remitente. Me sorprendió.

—¿Es una mujer? —pregunté, repentinamente asustada.

Mi madre asintió.

—Nos hace una petición —dijo Ma, que me quitó el sobre y lo metió debajo de unos papeles. Yo me acerqué como si ella fuera un jarrón a punto de caerse de la mesa, pero los ojos hinchados de Ma traslucían una inesperada emoción. ¿Consuelo? O, tal vez, y para mi asombro, alegría. Ma prosiguió:

—Nos pide un favor.

—¿Me leerás la carta?

Ma me pellizcó el puente de la nariz.

—La historia que cuenta es muy larga. Dice que no ha visto a tu padre desde hace muchos años. Pero hubo un tiempo en que fueron como una familia. —Vaciló antes de decir *familia*—. Dice que su marido era el profesor de composición de tu padre en el Conservatorio de Música de Shanghái. Pero perdieron el contacto. Durante los años difíciles.

—¿Qué años difíciles? —Empezaba a sospechar que cualquier favor implicaría dólares americanos o una nevera nueva, y temía que se aprovecharan de Ma.

—Antes de que tú nacieras. Los años sesenta. Cuando tu padre era estudiante de música. —Ma bajó la mirada con una expresión ilegible—. Dice que tu padre se puso en contacto con ellos el año pasado. Ba le escribió desde Hong Kong pocos días antes de morir.

Me vino a la cabeza una retahíla de preguntas. Sabía que no debía agobiarla, pero al final y sólo porque quería comprender lo que me explicaba, dije:

—¿Y quién es?, ¿cómo se llama?

—Se apellida Deng.

—Pero ¿y su nombre de pila?

Ma abrió la boca pero no le salió ninguna palabra. Finalmente me miró directamente a los ojos y dijo:

—Su nombre de pila es Li-ling.

Se llamaba igual que yo, pero el nombre estaba escrito en chino simplificado. Alargué la mano hacia la carta. Ma puso la suya con firmeza sobre la mía. Anticipándose a mi siguiente pregunta, siguió rápidamente:

—Estas treinta páginas tratan del presente, no del pasado. La hija de Deng Li-ling llegó a Toronto, pero no puede utilizar su pasaporte. No tiene dónde ir, así que necesita nuestra ayuda. Su hija...

—Con destreza, Ma metió la carta en su sobre—. Su hija vendrá a vivir con nosotras durante un breve tiempo. ¿Lo entiendes? Esta carta trata del presente.

Me sentía como si me hubieran vuelto del revés y dado una patada. ¿Por qué iba a venir a vivir una desconocida con nosotras?

—Su hija se llama Ai-ming —dijo Ma, intentando atraer mi atención de nuevo—. Voy a telefonar ahora y organizarlo para que venga.

—¿Somos de la misma edad?

Ma pareció confusa.

—No, debe de tener al menos diecinueve años, es estudiante. Deng Li-ling dice que su hija..., dice que Ai-ming se metió en líos en Pekín durante las manifestaciones de Tiananmen. Se escapó.

—¿Qué clase de líos?

—Ya basta —dijo mi madre—. Eso es todo lo que te hace falta saber.

—¡No! Quiero saber más cosas.

Exasperada, Ma cerró de golpe el diccionario.

—¿Quién te ha educado así? ¡Eres demasiado pequeña para armar tanto alboroto!

–Pero...

–Basta.

Ma esperó a que me acostara para hacer la llamada telefónica. Habló en su lengua materna, el cantonés, con breves interjecciones en mandarín, y, pude oír, incluso a través de la puerta cerrada, cómo vacilaba con las entonaciones que nunca le habían salido de una manera natural.

–¿Hace mucho frío donde estás? –oí que decía Ma.

Y luego:

–Podrás recoger el billete de Greyhound en...

Me quité las gafas y me asomé a la ventana velada. La lluvia parecía nieve. La voz de Ma me sonaba extranjera.

Tras un largo rato de silencio me puse de nuevo las gafas ajustándomelas a las orejas, me levanté de la cama y salí de la habitación. Ma tenía un bolígrafo en la mano y un fajo de billetes delante, como si esperara que le dictaran. Me vio y preguntó:

–¿Dónde están tus zapatillas?

Dije que no lo sabía.

Ma estalló:

–¡Vuelve a la cama, Chica! ¿Por qué no lo entiendes? ¡Sólo quiero un poco de tranquilidad! Nunca me dejas sola, me observas y vigilas como si creyeras que yo... –Puso el bolígrafo sobre la mesa de golpe. Una pieza se soltó y rodó por el suelo-. ¿Crees que voy a irme?, ¿crees que soy tan egoísta como él?, ¿que te abandonaría y te haría daño como hizo él? –Siguió un largo y vehemente arrebato en cantonés y luego añadió–: ¡Vete a la cama, anda!

Parecía tan envejecida y frágil allí sentada, con su viejo y pesado diccionario.

Corrí a mi habitación, cerré de un portazo, volví a abrir la puerta, di otro portazo y me eché a llorar. Abrí el grifo de la bañera y me di cuenta de que lo que quería, en realidad, era acostarme. Mis sollozos se convirtieron en hipo hasta que finalmente cesaron y lo único que oía era el agua saliendo a chorros. Sentada en el borde de la bañera, miré como los pies se distorsionaban bajo la superficie. Mis pálidas piernas se plegaron al sumergirme.

En mi memoria, Ba volvió a mi lado. Introdujo una cinta en el reproductor de casetes; me dijo que bajara las ventanillas y ambos

nos deslizamos por Main Street y la Great Northern Way de Vancouver, mientras atronaba el *Concierto «Emperador»* de Beethoven interpretado por Glenn Gould, con Leopold Stokowski a la dirección. Las notas reverberantes caían en cascada y se alzaban hasta el infinito, y mi padre dirigía con la mano derecha mientras sostenía el volante con la izquierda. Yo oía su tarareo, melódico y percutiente, ¡DA! DA-de-de-de ¡DA!



¡Da, da, da! Tenía la sensación de que, mientras desfilábamos triunfantes por Vancouver, el primer movimiento no lo había creado Beethoven, sino mi padre. Su mano se movía marcando el compás de 4/4, la emoción vertiginosa entre el cuarto pulso y el primero,



y me preguntaba qué significaba que un hombre que había sido famoso en el pasado, que había tocado en Pekín ante Mao Zedong en persona ni siquiera tuviera un piano propio en casa, que se ganara la vida trabajando en una tienda. De hecho, aunque yo le supliqué que me llevara a clases de violín, mi padre siempre se negó. Y pese a todo, ahí estábamos, cruzando la ciudad abrazados por esta música victoriosa, de manera que el pasado, el de Beethoven y el de mi padre, no moría nunca sino que reverberaba bajo el parabrisas, luego se alzaba y nos cubría como el sol.

El Buick había desaparecido; Ma lo había vendido. Ella siempre había sido la dura, como el cactus del salón, la única planta de interior que había sobrevivido a la partida de papá. Para vivir, mi padre había necesitado más. El agua de la bañera ya me cubría. Avergonzada por el gasto, giré el grifo para cerrarlo. Mi padre había dicho una vez que la música estaba llena de silencios. No había dejado nada para mí, ninguna carta, ningún mensaje. Ni una sola palabra.

Ma llamó a la puerta.

–Marie –dijo. Giró el pomo, pero la puerta estaba cerrada–. Liling, ¿estás bien?

Dejé transcurrir un largo rato.

La verdad era que yo había amado más a mi padre. La conciencia de esa verdad me llegó en el mismo aliento en que supe, sin el menor asomo de duda, que mi padre debía de haber sufrido mucho, y que mi madre nunca, jamás, me abandonaría. Ella, también, lo había amado. Llorosa, apoyé las manos sobre la superficie del agua.

–Sólo necesitaba darme un baño.

–Oh –dijo. Su voz pareció levantar ecos dentro de la bañera–. No te quedes fría ahí dentro.

Intentó abrir de nuevo, pero la puerta seguía cerrada.

–Estaremos bien –dijo por fin.

Yo nada deseaba tanto como el que ambas nos despertáramos de este sueño. Pero, con impotencia, me salpiqué agua sobre las lágrimas y asentí.

–Lo sé.

Escuché cómo se desvanecía el sonido de sus zapatillas mientras se alejaba lenta y sigilosamente.

El 16 de diciembre de 1990, Ma volvió a casa en taxi con una nueva hija que no llevaba abrigo, sólo una gruesa bufanda, un suéter de lana, vaqueros y unos zapatos de lona. Yo nunca había conocido a ninguna chica china, es decir, alguien que, como mi padre, procediese de la verdadera China continental. Un par de manoplas grises oscilaban colgadas de un cordón que llevaba al cuello y se balanceaban con un ritmo nervioso contra sus piernas. Las puntas con flecos de su bufanda azul le caían una por delante y la otra por detrás, como a una colegiala. Llovía mucho y ella caminaba con la cabeza inclinada, cargando con una maleta de tamaño medio que parecía vacía. Era pálida y su pelo tenía el brillo del mar.

Abrí la puerta distraídamente y puse ojos como platos, como si no esperara a nadie.

–Chica –dijo mi madre–. Cógele la maleta. Date prisa.

Ai-ming dio un paso dentro y se detuvo al borde del felpudo. Cuando quise cogerle la maleta, mi mano rozó accidentalmente la suya, pero ella no la apartó sino que alargó su otra mano y cubrió suavemente la mía. Me miró directamente, con tanta franqueza y curiosidad que yo, por pura timidez, cerré los ojos.

–Ai-ming –decía Ma–. Déjame que os presente. Ésta es mi Chica.

Me aparté y volví a abrir los ojos.

Mientras se quitaba el abrigo, Ma me miró y luego miró la sala. El sofá marrón, con sus tres franjas de color camello, había vivido ya sus mejores días, pero yo lo había arreglado con todos los cojines floreados y los peluches de mi cama. También había encendido el televisor para dar al salón una apariencia de animación. Ma me hizo un gesto vigoroso con la cabeza:

–Chica, saluda a tu tía.*

–De verdad, no pasa nada si me llamas Ai-ming. Por favor, de verdad, eh, yo lo prefiero.

Para apaciguarlas a ambas, dije:

–Hola.

Como ya había intuido, la maleta pesaba muy poco. Con la mano que me quedaba libre, hice ademán de coger el abrigo de Ai-ming y sólo demasiado tarde recordé que no llevaba. Mi mano se agitó en el aire como si dibujara un signo de interrogación. Ella tendió la mano, me cogió la mía y me la estrechó con firmeza.

Ai-ming tenía una pregunta grabada en los ojos. Su pelo, recogido hacia atrás a un lado, caía suelto por el otro, de manera que parecía estar siempre de perfil, a punto de volverse hacia mí. Sin soltarme la mano, se movió para descalzarse sin hacer ruido, primero un pie y luego el otro. Gotas de lluvia centelleaban en su bufanda. Nuestras vidas se habían encogido hasta tal punto que yo ya no recordaba la última vez que un desconocido había entrado en nuestra casa; la presencia de Ai-ming hacía que todo resultara extraño, como si las paredes se acercaran unos centímetros para verla mejor. La noche anterior, por fin habíamos recogido los papeles y cuadernos de Ba guardándolos en cajas que amontonamos bajo la mesa de la cocina. Ahora, la superficie de la mesa me parecía engañosamente desnuda. Me solté de su mano diciendo que llevaría la maleta a su habitación.

Ma le enseñó el apartamento. Yo me retiré al sofá y fingí que veía el Canal del Tiempo, que predecía lluvia para el resto de la semana, el resto de 1990, el resto del siglo e incluso para los restos en general, hasta el fin de los tiempos. Sus dos voces discurrían ordenadamente, una tras otra, como tranvías, interrumpidas de vez en

* Entiéndase «tía» como tratamiento de respeto, no como relación de parentesco. (*N. del T.*)

cuando por el silencio. La intensidad que se respiraba en el piso se me metió dentro y tuve la sensación de que el suelo estaba hecho de papel, de que había palabras escritas por todas partes que no sabía leer, y de que un gesto involuntario podría hacer que toda la casa se desmoronara.

Almorzamos juntas, sentadas alrededor de la mesa del comedor. Ma había recogido la hoja central, con lo que la mesa ya no era un huevo sino un círculo. Ma interrumpió sus divagaciones para lanzarme una mirada que decía: *deja de mirarla así*.

Cada poco, yo daba una patada sin querer a alguna de las cajas apiladas bajo la mesa, haciendo que Ai-ming se sobresaltase.

—¿Ai-ming, te molesta el frío? —preguntó Ma animadamente, sin hacerme caso—. Yo no había sabido lo que era el invierno hasta que llegamos a Canadá.

—En Pekín tenemos invierno, pero a mí no me importaba. Y la verdad es que me crié lejos de allí, en el sur, donde hacía un tiempo húmedo y cálido, así que cuando nos mudamos a Pekín, el frío era algo nuevo para mí.

—Yo nunca he estado en la capital, pero tengo entendido que el polvo llega traído por el aire hasta el interior de la ciudad desde los desiertos occidentales.

—Es verdad —dijo Ai-ming asintiendo con una sonrisa—. El polvo se mete en la ropa y en el pelo, hasta en la comida.

Sentada frente a ella, se me hizo evidente que tenía diecinueve años. Sus ojos parecían hinchados y exhaustos, y me recordó, inesperadamente, el rostro de dolor de Ma. A veces, creo, puedes mirar a una persona y saber si está llena de palabras. Tal vez las palabras se hayan retenido a causa del dolor o por pudor, o tal vez como artimaña. Tal vez sean palabras afiladas como cuchillos a la espera de hacer sangre. Yo me sentía a la vez niña y adulta. Quería que Ma y yo pudiéramos estar solas pero, por razones que se me escapaban, también quería estar cerca de Ai-ming.

—¿Qué significa el «ming» de Ai-ming? —pregunté en inglés, pateando una caja para dar énfasis—, ¿es el «ming» que significa comprender o el que significa destino?

Las dos me miraron.

—Cómete el pollo.

La hija me estudió, con una expresión complacida en la cara. Dibujó una figura en el aire entre nosotras, 明. El sol y la luna combinados para expresar la comprensión o el brillo. Era una palabra habitual, cotidiana.

—Mis padres querían transmitir la idea de *ai míng* —dijo—, «estimar la sabiduría». Pero tienes razón, da lugar a confusiones. Una idea que es... eh, no tanto estimar el destino, no del todo, sino aceptarlo.

Cogió su cuenco de nuevo e introdujo la punta de los palillos en el arroz blando.

Ma preguntó si había algo que necesitara o si le gustaría hacer alguna cosa.

Ai-ming dejó el cuenco en la mesa.

—A decir verdad, me siento como si no hubiera podido dormir bien una noche entera desde hace mucho tiempo. En Toronto, apenas podía descansar. Tenía que mudarme cada pocas semanas.

—¿Mudarte de casa? —preguntó Ma.

Ai-ming temblaba.

—Yo pensaba... Tenía miedo de la policía. Tenía miedo de que me hicieran volver. No sé si mi madre pudo contarle todo. Espero que sí. En Pekín, yo no hice nada malo, no cometí ningún delito, pero aun así... En China, mis tíos me ayudaron a salir del país, crucé la frontera Kirguizistán y luego... Usted compró mi billete hasta aquí. A pesar de todo, usted me ayudó... estoy agradecida, temo que nunca podré corresponderle como merece. Lo siento por todo... —Ma pareció incómoda.

—Ten —dijo—, come algo.

Pero se había producido un cambio en Ai-ming. Las manos le temblaban tanto que no podía manejar los palillos.

—Cada día repaso todo lo que ocurrió y vuelvo sobre lo sucedido, pero no entiendo cómo he llegado aquí. Es como si fuera una fugitiva. En casa, mi madre sigue luchando. Me da miedo quedarme dormida... a veces sueño que nada de todo esto ha sucedido en realidad, pero entonces el despertar se convierte en una pesadilla. Si mi madre me tuviera a su lado, si mi padre estuviera vivo, si no se hubiera..., pero lo más importante es que haga algo con mi vida porque, en este momento, no tengo nada. No tengo ni pasaporte. Me da miedo utilizar el antiguo, no es... legal. No era mío, pero no tenía otra opción. Me dijeron que podría pasar la frontera y entrar

en Estados Unidos, hay una amnistía para los estudiantes chinos y yo podría cumplir los requisitos para que me aceptaran. Aunque no tengo nada, lo devolveré todo, lo juro. Lo prometo.

–*Zhí nǚ* –dijo Ma inclinándose hacia ella. Las palabras me confundieron. Significaban «la hija de mi hermano», pero Ma no tenía hermanos.

–Yo quería cuidarlos, pero todo cambió muy rápido. Todo salió mal.

–No hace falta que te justifiques aquí –dijo Ma–. Somos familia y no lo digo por decir, ¿lo entiendes? Son mucho más que palabras.

–Y también –dijo Ai-ming, empalideciendo– lamento sinceramente su pérdida.

Mi madre y Ai-ming se miraron.

–Gracias –dijo Ma. Las repentinas lágrimas que asomaron a sus ojos me paralizaron por dentro. Pese a todo lo que habíamos pasado, mi madre muy raramente lloraba–. Y yo lamento sumamente la tuya. Mi marido amaba mucho a tu padre.

El primer sábado que Ma no tuvo que trabajar, fue al centro y volvió a casa con calcetines, suéteres, un par de zapatos de invierno y un abrigo. Al principio, Ai-ming dormía mucho. Salía del baño del dormitorio de Ma con el pelo revuelto, con un par de mis mallas y una camiseta vieja de Ma. A Ai-ming le daba miedo salir a la calle, así que pasaron semanas antes de que se pusiera los zapatos nuevos. Sin embargo, el abrigo se lo ponía todos los días. Por la tarde, leía mucho, sentada a la mesa de la cocina con una pila de los libros de mi padre. Leía con las manos metidas en los bolsillos del abrigo y utilizaba un cuchillo de carnicero para mantener el libro abierto y plano. El pelo se le soltaba de vez en cuando, le tapaba la luz y ella se lo subía y se metía los mechones dentro del cuello del suéter.

Una noche, cuando debía de llevar una semana con nosotras, le pidió a Ma que le cortara el pelo. Recuerdo que era justo después de Navidad. Dado que no había colegio, yo me pasaba la mayor parte del tiempo comiendo tortugas de chocolate delante del televisor. Ma me mandó que me acercara y rociara el pelo de Ai-ming con agua de una botella de plástico, pero yo me negué diciendo que el pelo de nuestra huésped debía dejarse como estaba.

Las mujeres se rieron. Ai-ming dijo que quería parecer moderna. Se fueron a la cocina y extendieron hojas de periódico por el suelo, Ai-ming se quitó el abrigo y se subió a un taburete de manera que su largo cabello caía suelto a la altura de las tijeras de Ma. Yo estaba viendo un episodio de *El equipo A* y los chasquidos fríos de las tijeras, así como las risitas de las mujeres, me impedían concentrarme. En la primera interrupción para los anuncios, fui a la cocina para comprobar sus avances.

Ai-ming, con las manos cruzadas como si estuviera rezando, movió los ojos hacia mí. Ma le había cortado aproximadamente un tercio del pelo, y las puntas largas y húmedas estaban caídas por el suelo como criaturas marinas masacradas.

–Oh –dije–, ¿cómo has podido?

Ma levantó su arma.

–Tú eres la siguiente, Chica.

–Ma-li, es casi Año Nuevo. Hora para un corte de pelo. –A Ai-ming le costaba pronunciar Marie, así que había optado por la variante china que, según el diccionario, significaba «mineral tentador».

En ese instante, Ma acababa de cortar un mechón largo que cayó agitándose, como si todavía respirase, hasta el suelo.

–Es el Año Nuevo canadiense. En Canadá, la gente no se corta el pelo en Año Nuevo. Aquí beben champán.

Cada vez que Ma apretaba el pulsador de la botella de plástico, una fina bruma envolvía a Ai-ming, que cerraba los ojos con fuerza contra el frío. Mientras yo miraba, Ai-ming se transformaba ante mis ojos. Incluso la palidez de su tez empezó a parecer menos intensa. Cuando le había cortado hasta los hombros, Ma empezó a dar forma al flequillo con cortes que se torcían ante la frente de Ai-ming y tenían un aire resueltamente chic. Era muy, muy hermosa. Tenía unos ojos oscuros y cristalinos y la forma de su boca era, como dicen los poetas, la de una rosa sobre su piel. Había un rubor en las mejillas de Ai-ming que no se veía una hora antes, un color que se intensificaba cada vez que Ma se quedaba mirándola un rato, evaluando su trabajo. Se habían olvidado de mí por completo.

Cuando volví al salón, estaban pasando los títulos de crédito de *El equipo A*. Me dejé caer en el sofá y me subí las rodillas hasta el pecho. Las luces navideñas iluminaban casi todas las ventanas me-

nos las nuestras, y tenía la sensación de que nuestro piso estaba bajo vigilancia de viajeros de un OVNI, que no sabían si aterrizar en Vancouver o proseguir su vuelo. Los alienígenas de mi nave espacial se preguntaban: ¿tienen refrescos?, ¿qué clase de comida comen?, ¿no deberíamos esperar y volver en primavera? *Aterrizarad*, les decía yo. *Las personas no estamos hechas para flotar por el aire. Si no percibimos el peso de nuestros cuerpos, si no sentimos la fuerza de la gravedad, nos olvidaremos de lo que somos, nos perderemos sin siquiera darnos cuenta.*

Ai-ming había estado leyendo uno de los libros bilingües de poesía de mi padre. Lo cogí, era un libro que me resultaba familiar porque lo había utilizado en mis clases de caligrafía. Lo hojeé hasta que llegué a un poema que me sabía, unas palabras que mi padre había subrayado:

Observa cómo, poco a poco, la noche nos da la espalda.
Ecos en la casa; quieres levantarte, no te atreves.
Un resplandor detrás del biombo; querrías atravesarlo, no puedes.
Sería demasiado doloroso ver la golondrina de la horquilla de su
cabello.
De verdad me avergüenza ver el fénix en su espejo.
A Hengtang regreso al alba
difuminándome como la luz sobre una silla de montar enjoyada.¹

Leí el poema entero dos veces y cerré el libro. Esperaba que mi padre, en el otro mundo, también celebrara la Navidad y el Año Nuevo, pero temía que estuviera solo y que, a diferencia de Ai-ming, todavía no hubiera encontrado una familia que lo acogiera. A pesar de la rabia que sentía contra él, a pesar de que el dolor no se me pasaba, no podía reprimir mi deseo de que fuera feliz.

Era inevitable, claro, que Ai-ming acabara descubriendo las cajas bajo la mesa. En enero, un día volví a casa de la escuela y encontré los papeles de mi padre a la vista, no porque ella los hubiera movido de sitio sino porque había echado la mesa de la cocina hacia atrás. Una de las cajas estaba completamente vacía. Los diarios de Ba, extendidos por la mesa, me trajeron a la cabeza la miseria del mercadillo callejero de Vancouver. Peor aún, Ai-ming podía leer

todos los caracteres mientras que yo, su única hija, no sabía leer ni una sola línea.

Estaba preparando una ensalada de col y había rayado tanto rábano picante que me pregunté si la col cabría en el plato.

Dije que no sabía si mi estómago podría con tanto rábano.

Asintió distraídamente y echó dentro la col con un gesto violento. Todo salió volando por los aires y volvió a caer dentro del cuenco como una lluvia. Ai-ming se había puesto el delantal de Ma que llevaba escrito por delante: «Canada: The World Next Door», y por debajo tenía el abrigo de invierno.

Se acercó a la mesa.

—Una vez, cuando era muy pequeña, vi a tu padre.

Me quedé donde estaba. Ai-ming y yo nunca habíamos hablado de Ba. El que ella lo hubiera conocido, el que no se le hubiera ocurrido mencionármelo hasta ese momento, me hizo sentir tan defraudada que apenas podía respirar.

—Esta tarde —dijo—, empecé a mirar dentro de esas cajas. Son las cosas de tu padre, ¿no? Claro que sabía que debía pedirlo permiso, pero había muchos cuadernos.

Sin mirarla, respondí:

—Mi padre vino a Canadá en 1979. Eso son doce años de papeles. Una vida entera. Él no nos dejó casi nada.

—Yo a esto lo llamo el rincón de *zá jì* —dijo—. Las cosas que no encajan. Los restos...

En mi cabeza, para calmar el temblor que había empezado en mi pecho y ahora se extendía a mis extremidades, repetí, una y otra vez, las palabras que había utilizado Ai-ming pero que yo nunca había oído hasta entonces: *zá jì*.

—Lo entiendes, ¿verdad? —dijo—. Las cosas que nunca decimos en voz alta y por eso acaban aquí, en diarios y cuadernos, en lugares privados. Cuando las descubrimos, es demasiado tarde. —Ai-ming aferraba uno de los cuadernos. Lo reconocí al instante: era largo pero estrecho, con la forma de la puerta de una miniatura, con una encuadernación laxa de hilo de algodón. El Libro de los Recuerdos.

—¿Así que lo habías visto antes? —Como no le respondí, me sonrió con tristeza—. Ésta es la letra de mi padre. ¿Ves? Su escritura fluye sin esfuerzo, es una obra de arte. Siempre escribía con cuidado, incluso si el carácter era fácil. Era atento por naturaleza.

Abrió el cuaderno. Las palabras parecían flotar en la superficie y moverse por voluntad propia. Retrocedí. Ella no tenía necesidad de enseñármelo, yo sabía bien qué aspecto tenía.

—Yo tengo mi propio *zá jì* —prosiguió—. Pero ahora está repartido por todas partes y no sé cómo contenerlo. ¿Sabes por qué guardamos recuerdos, Ma-li? Tiene que haber una razón, pero ¿de qué sirve conservar cosas tan insignificantes? Mi padre era un gran compositor, un gran músico, pero renunció a su talento para protegerme. Era una persona honesta y sincera, e incluso tu padre quiso conservar una parte de él. Incluso tu padre lo amaba. Pero ellos lo dejaron morir. Lo mataron como si fuera un animal. ¿Cómo me lo puede explicar nadie? Si mi padre viviera, yo no estaría aquí, no estaría sola. Y tu padre no habría... Oh, Ma-li. Lo siento. Lo siento mucho.

Ai-ming hizo algo que no le había visto hacer desde su llegada hacía más de un mes. No sólo lloró, sino que estaba demasiado abatida para darse la vuelta o taparse la cara. El sonido me perturbó mucho, era un lamento grave que lo desarmaba todo. Hasta me dio la impresión de que decía: «Ayúdame, ayúdame». Me aterrorizaba pensar que, si la tocaba, su dolor me invadiría, crecería en mi cuerpo y se convertiría en mi propio dolor para siempre. No podía soportarlo. Le di la espalda. Fui a mi habitación y cerré la puerta.

La habitación me pareció muy pequeña, agobiante. La *familia*, susurré para mis adentros, era una caja preciosa que no podría abrirse a voluntad, sólo porque Ma lo dijera. La fotografía de Ba en mi tocador me hacía daño. No, no su fotografía sino la sensación que causaba, esa sensación enervante que lo amargaba todo, incluso mi relación con Ma y Ai-ming. Quería tirar la fotografía al suelo, pero temía que fuera real, que contuviera a mi padre en persona, y que si la dañaba él nunca podría volver a casa. La lluvia del exterior percutía en mis pensamientos. Al bajar por el cristal de la ventana, las gotas se transformaban y deslizaban, y todos aquellos regueros de agua, que crecían y decrecían, se unían y temblaban, empezaron a confundirme e hipnotizarme. ¿Era yo tan insignificante como eso?, ¿cambiaría yo algo alguna vez? De repente recordé el aroma de mi padre, un olor dulzón, como a hojas nuevas o al césped recién cortado, el olor de su jabón. Su

voz, con su sintaxis extrañamente formal: «¿Qué quiere decirle la hija al Padre?, ¿por qué llora la hija?». Su voz, que no se parecía a ninguna voz que hubiera vivido jamás.

Recordé, contra mi voluntad, que había oído sin querer a Ma diciendo que, cuando habían encontrado a Ba, casi no tenía pertenencias consigo. Estaba hablando por teléfono, una llamada a larga distancia, con un amigo de Hong Kong. Dijo que su maleta, llena cuando se había marchado, estaba vacía. Se había ido desprendiendo de todo, incluso de su anillo de casado, su reproductor de discos compactos portátil y su música. Ni siquiera llevaba una fotografía nuestra. La única nota que dejó no era de despedida. Sólo decía que dejaba algunas deudas que no podía pagar, fracasos con los que no podía vivir y que deseaba que lo enterraran en Hong Kong, junto a la frontera china. Decía que nos amaba.

Una vez al año, mi padre nos llevaba a oír la orquesta sinfónica. Nunca teníamos buenos asientos, pero Ba decía que no importaba, que la cuestión era estar allí, existir en la sala mientras la música, por antigua que fuera, se renovaba. La vida estaba llena de obstáculos, solía decirme mi padre, y nadie podía tener la certeza de que mañana o el año siguiente, todo seguiría igual. Me contó que, cuando era niño, su padre adoptivo, el Profesor, había ido con él a la sinfónica de Shanghái y que la experiencia le había cambiado para siempre. En su interior, muros que él nunca había sabido que existían se revelaron de repente. «Supe que estaba destinado a vivir un tipo de vida distinto», dijo. Una vez tuvo conciencia de esos muros, no podía pensar más que en derribarlos.

—¿Qué muros? —le había preguntado.

—*Ming* —dijo—. El destino. —Sólo más tarde, cuando volví a buscar la palabra, vi que *mìng* 命 significaba destino, pero también vida.

Los golpes que llamaban a la puerta me trajeron de vuelta a la lluvia, a la habitación y a mí misma.

—Ma-li —empezó a decir Ai-ming, sentada a los pies de mi cama. Había encendido la lámpara de la mesa, así que parecía una sombra pálida que yo había proyectado—. No tendría que haber leído los diarios de tu padre. Lo siento de verdad, Ma-li. Por favor, perdóname.